

EL CAPITOLIO.

SU PASADO Y SU PRESENTE.

(EL FORO ROMANO.)

I.

Después del Palatino el Capitolio: entre sus dos cumbres está, puede decirse, toda la historia romana. En la primera vimos la cuna del gran pueblo; en ésta nos aguardan los triunfos de sus héroes y el esplendor de su culto. Si en el Palatino estuvo la casa de los Césares, en el Capitolio estuvo el templo de Júpiter Óptimo y Máximo: si en aquél se significa la vida civil de la sociedad romana, en éste se cumplieron los más altos destinos de su vida política y de su vida religiosa.

Una niebla de fabulosas tradiciones y de poéticas leyendas corona también la doble cima de esta colina, la más pequeña de las siete en extensión, la más grande de todas en importancia y en recuerdos. La ciudad anterior á la historia, la ciudad de Evandro y de Enéas, disputada y con diversa suerte poseída por sículos, ligures, aborígenes y pelasgos, tiene su centro en aquella altura, donde, á decir de los poetas, Júpiter estuvo presente por sus rayos mucho ántes de estarlo por su templo.

Llamóse en las remotas edades históricas monte de Saturno, porque este dios latino recibía allí adoración: colina *Tarpeya*

le dijeron también por la valerosa doncella romana, cuya leyenda figura como interesante episodio en las guerras de Rómulo y Tacio: al tiempo de Tarquino el Soberbio se refiere el nombre de *Capitolium*, por la cabeza humana de Tolo ó Thulo (*Caput Toli*), encontrada al echar los cimientos del templo de Jove. Por donde haya venido este nombre *Capitolium*, el más augusto y sagrado de la Roma antigua, al de Campidoglio (Campo del Aceite), que le da el vulgo de la Roma moderna, no es fácil descubrirlo, si ya no se declara que hubo un período, en los siglos medios, de completa ignorancia de la historia y de absoluto desden para los preclaros monumentos de la antigüedad.

El monte Capitolino era y es por su figura una elipse, cuyas extremidades se levantan formando dos prominencias: en la correspondiente á Mediodía estaba la fortaleza (*Arx*), la famosa roca Tarpeya: al Norte el templo de Jove Capitolino, donde hoy se alza la iglesia de Santa María de Araceli: en medio de aquellas dos alturas, entre los bosques de encinas, que las sombreaban, había un espacio, que los primitivos latinos llamaron con propiedad *inter lucos* (entre los bosques), y después recibió la denominación de Intermoncio: hoy es la plaza cuadrada, donde admiramos la estatua ecuestre de Marco Aurelio.

No es posible recorrer y describir uno por uno todos los templos y edificios suntuosos, que en la serie de los siglos llenaron esta célebre colina, hasta hacerla una especie de ciudad sagrada en medio de la populosa ciudad de Roma.

A la cumbre meridional, es decir, á la fortaleza, ó *Arx*, se subía por una rampa de cien escaleras, en cuyo término estaba la primera puerta, después de la cual, otra pendiente ménos larga conducía á la altura, verdadera ciudadela erizada de torres y circuida de murallas, en cuyo ámbito llegaron á ser notables los templos y monumentos acumulados por los reyes, por los cónsules y por los emperadores. Al nivel de la primera puerta estaba la *curia Kalabra*, erigida por Numa, pequeño templo terminado en ábside, desde donde el Pontífice menor anunciaba los novilunios, el órden regulador del calendario:

delante del templo se alzó más tarde la estatua colosal de Apolo, traída por Lúculo, apreciada en 500 talentos. Allí estuvo la tradicional cabaña de Rómulo, pastor, tan venerada como aquella otra del Palatino, que se llamó de Fáustulo, de quien era hijo adoptivo el fundador de Roma; allí fué el templo de Juno Moneta, de Juno amonestadora ó consejera, presidiendo y como consagrando la primera elaboración del dinero, que del nombre de aquella divinidad mitológica se llamó, como todavía se llama, en la lengua latina y en los idiomas, que de ella proceden: allí estuvo el famoso simulacro de bronce de la loba amamantando á los gemelos, de que puede darnos idea aquel otro encontrado al pié del monte Palatino, que aún se ostenta como uno de los más notables monumentos de la antigüedad en una sala del palacio de los Conservadores: allí habitó Tacio, el rey Sabino de las guerras con Rómulo: allí fué la casa de Manlio, sacrificado por su ambición: allí, por último, entre otros ménos importantes, el templo de Júpiter Feretrio, esto es, el templo más antiguo del Capitolio, y quizá de Roma, donde Rómulo ofreció, y mandó que sus sucesores ofreciesen, lo mejor de los despojos (*opima spolia*) traídos por los caudillos victoriosos.

Bajando de la fortaleza al intermoncio del *Arx* (al *inter lucos*), la vista se complacía en un valle ameno, especie de segunda cuna de Roma, pues en él estaba el bosque de las encinas, partido en dos por el templo de Vejove, cerrado en los primeros tiempos por una gran piedra, en los posteriores por el ramaje de los arbustos.

*Romulus ut saxo lucum circumdedit alto
Cuilibet huc inquit, confuge, tutus eris.*

Ya nos lo dice Ovidio en estos versos; aquél era el asilo establecido por Rómulo, primer ensayo de una institución civilizadora, que, agrandada y embellecida después por otro órden de ideas y de sentimientos, había de producir grandísimos bienes á la causa de la humanidad en los períodos de guerras sin misericordia y de venganzas implacables. Enfrente al templo de Vejove, de arquitectura toscana, que las medallas nos

han conservado como la de los otros de aquel tiempo, se elevaba majestuoso el arco de Scipion el Africano en medio de dos anchas fuentes de mármol; enfrente el pórtico espacioso de Scipion Nasica, y como guardando y presidiendo todos estos edificios, el *Tabularium*, palacio de los archivos de la república, donde en millares de tablas metálicas se conservan y transmiten las actas del Senado, las antiguas leyes y los tratados con los otros pueblos. Los primitivos cimientos de grandes piedras cuadradas de esta construcción sostienen aún el palacio municipal (ó del Senador), que luégo visitaremos. Varios templos ostentaba esta parte del Capitolio en la época de los emperadores: era el más venerado el de Marte Bis-ultor (dos veces vengador), erigido por Augusto para depositar en él las enseñanzas romanas, perdidas por Crasso y devueltas por Phraates, rey de los Partos, en virtud de un canje de rehenes en toda regla, de una que pudiéramos llamar estipulación diplomática.

Pero donde se condensa y resume el interés histórico y religioso del Capitolio, donde la grandeza romana ofrece el mayor testimonio de su maravilloso alcance, es en la cumbre meridional de la colina, sobre la cual se asienta, dominándolo todo, el templo de Júpiter Óptimo Máximo. Tarquino el Viejo fijó el área, dentro de la cual habían de encerrarse el monumento del Padre de los dioses y las obras más egregias del arte, á la manera que en los ámbitos del templo de Delfos el gusto griego acumuló sus joyas más preciadas. Adornaron el pórtico del área Capitolina dos estatuas colosales: una de Júpiter, erigida en el año 459, después de la batalla contra los samnitas, otra de Hércules, hecha por Lysippo, y traída de Tarento por Fabio Máximo en 543; la Minerva famosa de Eufanor, dedicada por Catulo; las estatuas del Buen Éxito y de la Buena Fortuna, obras insignes de Praxitéles, que Plinio recuerda, y algunas otras de mérito relevante. El templo, que en medio del área se levantaba, era un paralelogramo, un recinto casi cuadrado, con 200 pies de longitud por 190 de anchura: magnífica columnata de tres órdenes lo rodeaba por tres de sus lados: treinta y seis columnas corintias en triple fila formaban la fachada, puesta entre Oriente y Sur: en la altura sobresalía la

gran cuadriga de bronce con la estatua de Júpiter, como término y ápice de un fronton majestuoso, coronado por multitud de estatuas de bronce. En las columnas, en los frisos del peristilo, en todas partes se veían trofeos é insignias militares: los recuerdos de señaladas victorias, así por tierra como por mar, aparecían allí, en el alcázar consagrado de la guerra, en aquella region, donde se fraguaba el rayo destructor de comarcas y naciones. Nueve estatuas ocupaban, en tiempo de Augusto, los espacios ó intercolumnios del peristilo; siete correspondientes á los antiguos reyes de Roma, una á Bruto el Antiguo y la otra á Julio César. La Monarquía, la República y la Dictadura. Tres naves, determinadas por dobles hileras de columnas, formaban el interior del templo, el más vasto de Roma: al final de cada una de estas tres naves estaba el gran nicho (*edicula*), destinado á cada una de las tres divinidades: á Júpiter el de enmedio; á Minerva el de la derecha, y el de la izquierda á Juno. La nave central no tenía bóveda ni techo, estaba á cielo abierto, como los templos toscanos. La estatua sedente del Padre de los dioses era de marfil; la mujer y la hija, esto es, Juno y Minerva, aparecen de pié; sus estatuas eran menores. Cubre las naves laterales, á cuyo extremo se hallan, una bóveda artesonada con ricos casetones, en que abundan el oro y los matices más delicados. Aquellas tres celdas ó edículas resplandecían llenas literalmente de ofrendas y dones de cuantioso valor: joyas, coronas y simulacros de metales preciosos; cien libras pesaba la estatua de oro, que envió Filipo, rey de Macedonia; doscientas cincuenta y seis la que donó el rey Attala; de una Victoria de oro de 320 libras hizo presente al Senado Hieron, rey de Siracusa; el rey bárbaro Boccho mostró su gratitud al pueblo romano, que le otorgaba su alianza y amistad, regalándole un grandioso grupo escultural en oro, que figuraba á Jugurta entregado á Sylla: la colección de piedras preciosas de Pompeyo, que comprendía gran parte de las del rey Mitrídates; la viña de oro de Aristóbolo, estimada en veinticinco mil talentos; el Jove Emperador, traído de *Preneeste*; el pedazo de cristal, que pesaba cuarenta libras, regalo de Livia; la estatua de Fabio Máximo; el Jove

de bronce de Carvilio; diez y seis mil libras de oro y valor de quinientos mil sextercios en perlas y pedrería, ofrenda del emperador Augusto; muchos magníficos vasos, obras primorosas de arte, debidas á los más afamados escultores griegos: tales y tantos eran, entre otros no ménos considerables, los objetos de que dan noticia los escritores latinos del siglo de Octavio, contestes en celebrar y describir, como una verdadera maravilla, aquel templo imponente, que los romanos llamaban la ciudadela de todas las naciones, el domicilio terrestre de Júpiter, y su segunda morada despues de la del Olimpo.

Repetidos incendios hicieron necesarias en várias épocas reparaciones, y áun reedificaciones, del templo Capitolino. En tiempo de Sylla se le restauró, trayendo á sus ámbitos las columnas, que habían sostenido el templo del Júpiter Olímpico de Aténas: Vespasiano también tuvo necesidad de reparar los estragos de un incendio, é igualmente Domiciano, que al efecto hizo traer columnas del monte Pentélico, en la Grecia: en cada una de estas épocas la riqueza del templo fué acrecentándose, pues no parece sino que á porfía los emperadores se empeñaban en acumular tesoros dentro de aquel recinto, que significaba en su más alta expresion la vida religiosa y la omnipotencia política de Roma: el tesoro del templo Capitolino hallábase debajo de la estatua de Jove; allí fueron también guardados, hasta el tiempo de Augusto, los libros sybilinos á cuidado de los decemviros, luégo quindecemviros. Hasta el siglo iv todo es grandeza y esplendor para el templo del dios Optimo Máximo: con el siglo v empiezan las expoliaciones: Stilicon, Alarico, Genserico, pasaron con sus huestes respectivas por las magníficas naves de la casa de Júpiter: no hay que preguntar por su tesoro ni por sus estatuas; quizá se salve alguna columna para la futura iglesia de Araceli. Durando el templo de Júpiter Capitolino hasta los primeros años del siglo v, puede bien asegurarse que sobrevivió á casi todos los templos y monumentos del Capitolio: en efecto, á aquella fecha habían ya desaparecido el Ara de la gente Julia y el templo de Júpiter Custode, sobre el lugar en que se salvó Domiciano, y el Ateneo y la Biblioteca y el pórtico de los *dii Co-*

menti, y casi todas las otras construcciones de la opuesta cumbre. Aun cuando todavía en los tiempos de Teodorico, el ménos bárbaro de los bárbaros, se perciba algun resplandor de la antigua gloria, el Capitolio pagano en el siglo vi es ya un monton de ruinas, sobre el cual comienza á levantarse una niebla de tradiciones y de fábulas, que apenas bastará á disipar el sol del Renacimiento. En el libro anónimo *Mirabilia urbis*, especie de guía ó inventario de Roma, que la Edad Media nos ha transmitido, llama por más de un concepto la atencion de la crítica moderna la leyenda relativa al Capitolio. «Es, dice, el lugar en que se reunian los senadores y los cónsules para gobernar la ciudad y el mundo. Estaba cubierto de valladares altos y sólidos, de edificios revestidos de oro y de cristal, y de artesonados de labor maravillosa. Debajo de la ciudadela ostentábase el palacio, que era en gran parte de oro, adornado con piedras de gran precio; decian que su valor era el de un tercio del mundo. Habia en él tantas estatuas como provincias contaba el imperio; y del cuello de cada estatua pendia una campanilla, de tal manera dispuesta, por arte mágico, que en el instante mismo en que la rebelion estallaba en un lugar cualquiera, por remoto que fuese, del imperio romano, la estatua correspondiente volvía la faz, y la misteriosa campanilla sonaba.....»

Véase, pues, cómo la Edad Media daba forma á la idea del supremo poder, que Roma ejerció un dia, y cómo áun entre las tinieblas de aquellos tiempos de pavor parecia verosímil, siquiera por arte mágico, que una campanilla colocada sobre el Capitolio *vibrase* al impulso mismo de un gran acontecimiento, de una fuerza puesta en accion en los extremos de las Galias ó al otro lado del Danubio.

Los siglos han pasado: las sombras de las leyendas se han desvanecido; y sin embargo, la imaginacion evoca una multitud de grandes figuras históricas, al pensar en aquel templo, que fué resumen de los triunfos y de las aberraciones de Roma, casi omnipotente, y al pensar en aquella via Sacra, que desde los sangrientos tumultos del tiempo de Vitelio y Vespasiano, que determinan la decadencia del imperio, tan sólo ve y

recibe en la serie de muchos siglos no más que sangre y ruinas y desolacion!

La via Sacra era el camino de la gloria, que subia hasta el Capitolio, y era el camino del suplicio, que bajaba hasta la cárcel Mamertina. Por allí subió Pompeyo, tercera vez victorioso, cubierto con la clámide de Alejandro, que siempre fué igual la modestia republicana, sentado en carro resplandeciente de marfil y de oro y pedrería; por allí subió cuatro veces entre las aclamaciones y con la pompa del triunfo, el ilustre desterrado Camilo, terror de los galos. Aquel camino de mundana gloria recorrieron Fabio Máximo y Marcelo, la espada invencible de los romanos, y Flamínio y Mario y Lúculo, que venció á dos poderosos reyes de Asia, y Marco Antonio y tantos otros insignes capitanes, que llenaron el mundo con la fama de sus proezas y con el ruido escandaloso de sus vicios. Junto á los capitanes afortunados, que así triunfaban, la ley, sin entrañas para el vencido, se complacia en ofrecer á la curiosidad del pueblo el espectáculo de los reyes y de los caudillos sojuzgados. Zosima, reina de Armenia, atada al carro de Pompeyo, y con ella los siete hijos del infeliz Mitrídates, Perseo y sus tres hijos cerrando la comitiva triunfal de Paulo Emilio, vencedor de Macedonia, como Gencio, rey de los Hirios, y tantos otros príncipes y magnates, condenados á la misma ignominia precursora de la prision y del sacrificio, obscurecen el esplendor de aquellas solemnidades: así como el heroísmo resalta y brilla más sobre un fondo de clemencia, así se deslustra y pierde todos sus encantos sobre un fondo de crueldad y de venganza.

La horrible cárcel Mamertina, ahondada con un nuevo calabozo por Servio Tulio, que debajo del Arce guarda aún sus pavorosos subterráneos, repite todavía el eco lastimero de miles de víctimas, y tiene escritas en sus negros muros historias, que llenan de espanto el alma.

La roca Tarpeya, cima escarpada que forma la extremidad meridional del Capitolio, recuerda á su vez la rápida imposición de la pena con que eran castigados los que atentaban contra la República. *Erat præruptus locus et immensæ altitudinis*, dice Séneca. *Stat moles abscisa in profundum frequentibus exas-*

perata saxis, quæ aut elidant corpus aut de integro gravius impellant..... La pluma se resiste á traducir estas palabras latinas, pintura terrible de una muerte desastrosa.

El Capitolio llegó, pues, á ser la síntesis de la vida romana: en una cumbre el templo de Júpiter resumía la vida religiosa: al otro lado la roca Tarpeya simbolizaba la fuerza material: en medio el archivo de las leyes significó el derecho, la vida civil y política. No parece sino que las ruinas del Capitolio ofrecen todavía á los pueblos la altísima enseñanza de que los poderes de la tierra y las sábias constituciones humanas han de tener á su derecha las fuerzas morales, y á la izquierda la fuerza material.

II.

La region VIII, de las catorce en que se dividia la Roma de Augusto, abarcaba todo el monte Capitolino, y extendíase, además, hácia el Palatino y el Quirinal, confinando con seis ó siete de las otras regiones: llamábase *Forum Romanum*, y era, sin duda, el cuartel más importante de la ciudad imperial. Hoy el Capitolio corresponde á la region X, que se denomina *Campitelli*, y la forman las dos más célebres colinas de Roma; el Palatino y el Capitolio: esta union no ha podido ser más lógica. La historia del Palatino se completa con la del Capitolio; la historia del Capitolio no puede trazarse sin la del Palatino. Hay entre estos dos clásicos montes un espacio que á los dos corresponde, y que á ninguno de los dos puede adjudicarse. Nos referimos á la interesantísima region del Foro Romano, que desde el pié del monte Palatino se extiende hasta muy cerca del Capitolio, comprendiendo en poco terreno muchos monumentos, que representan la vária fortuna de las instituciones del pueblo romano, el cual, como hemos visto, tiene su cuna en el Palatino y su templo y su fortaleza en el Capitolio. No basta estudiar las ruinas actuales para comprender

la historia del Foro, que es la historia del gobierno de Roma durante más de diez siglos: hay allí ruinas de ruinas; han pasado por aquel espacio, tan reducido como parece y como es, dos ó tres series de grandes monumentos, de edificios públicos, cuyos vestigios se pierden ó confunden entre sí: los reyes, la república y el imperio fundaron, agrandaron y embellecieron aquel recinto, que los godos y los longobardos y los sarracenos y las implacables facciones de la Edad Media, sin contar con los naturales estragos del tiempo, se han encargado de desfigurar y destruir, hasta convertirlo no há muchos años en miserable campo de ganado mayor, en lo que el lenguaje pintoresco de nuestro pueblo llama corral de vacas (*campo vacino*). ¡Admirables designios de la Providencia! Al cabo de veinticinco ó más siglos volvió á oírse al pié del Capitolio el mugido de los bueyes, cuyo eco lejano creía escuchar el poeta Propertio cuando escribía:

*Arvaque mugitu Sancite boaria longo
Nobile erat Romæ pascua vestra forum!*

¡Cuánta grandeza entre dos miserias, como todas las grandezas de este mundo! El Foro representa en su origen la primera alianza de dos pueblos: los romanos regidos por Rómulo, los sabinos acaudillados por Tacio, deponen la antigua querrela del rapto de las mujeres, bajan respectivamente de sus cumbres Palatina y Capitolina, y se comunican y se conciertan en el valle pantanoso, que ha de ser el centro y el corazón de la primera ciudad del mundo: allí fué el primitivo Foro, lugar de contratacion; allí se alzó una estatua á Vénus Cluacina (purificadora), porque ofendidos y ofensores, con ramas de mirto en las manos, juraron pacto solemne. Desde entónces el bosque de malezas fué poco á poco desapareciendo, y las instituciones y los hombres fueron como tomando á empeño el acrecentar la hermosura de aquel sitio. En la época de Augusto llegó á un grado de esplendor que parecería maravilloso, si algo pudiera maravillar entónces, despues de ver el templo de Júpiter Óptimo y Máximo. Un galó, que visitaba la ciudad de las siete colinas en aquella edad de su apogeo, formulaba

en estos ó parecidos términos la descripción del Foro Romano:

El punto culminante, para abarcarlo todo de una mirada, es la via Sacra, y de la via Sacra, aquella parte donde está el templo de los Lares: es una altura de más de cuarenta y cinco piés sobre el Foro. Desde esa altura se descubre: en primer término el arco de Fabio, vencedor de los allobrogos; á sus lados la estatua del mismo guerrero y la estatua ecuestre de Clelia, nuevo género de honor dispensado por el pueblo romano á la valerosa amazona venida del campo de Porsena; á la izquierda, á la parte de acá del arco, la puerta Romana y las primeras gradas que conducen al monte Palatino; el *Vulcanal*, ó área de Vulcano, pequeña plaza donde crecieron la higuera (*lotos*) y el cipres, testigos, puede decirse, del nacimiento de Roma, y delante de la cual está el templo redondo de la Concordia, con la columna estatuaria de Ludius; sobre la masa de verdura, que domina el templo, se ostentan la Grecostrasis, espléndido lugar donde son recibidos los embajadores, con su bella columnata, vista de perfil, como casi todas las alturas de los edificios de la parte occidental del Foro, vistos de frente. Á la derecha, á orilla de la via Nueva, siempre al lado de acá de los límites de la plaza, aparece en primer término la Basílica Opimia, erigida por el cónsul Opimio, el enemigo de los Gracos, de quien decia Ciceron que su Basílica estaba tan concurrida en Roma, como abandonada su tumba en el Epiro; despues, sobre la misma plaza, un poco más adelante del arco de Fabio, están el templo de *Ops-Consiva*, de la diosa de la riqueza, mujer de Saturno, dios del trabajo, y la casa del Rey de los sacrificios, ante la cual se elevan tres estatuas, una de ellas la de Scipion el Africano; sigue la Basílica Argentaria, con las tabernas nuevas, donde se juntan habitualmente los mercaderes; primer palacio construido al dinero, anuncio lejano (añadirémos á la relacion del galó) de lo que serán veinte siglos más tarde las bolsas de París, Lóndres y Amsterdam; y por último, la Basílica Lucilia, hermoso edificio rodeado de dobles columnas corintias de mármol frigio, delante del cual se descubren las estatuas de las tres Parcas ó Sibilas, y no léjos las dos columnas rostrales de Duilio y Julio César. En medio de este